

H
205
V821m
e.R

H

Año XIII, Nº 45

Junio, 1922



NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

“VIRYA”

REVISTA TEOSÓFICA

ORGANO DE LAS LOGIAS DE COSTA RICA

La ciencia describe algunos de los atributos de las cosas, pero las causas originales que producen esos atributos permanecen desconocidas para ella, y permanecerán así hasta que sus poderes de percepción sean capaces de penetrar en lo invisible.

FRANZ HARTMANN.

DIRECTOR:

TOMÁS POVEDANO

ADMINISTRACIÓN EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA, A. C.

APARTADO NÚMERO 208

SUMARIO:

<i>Permanente</i>	
<i>Fiesta del Loto Blanco</i>	
<i>El Loto Blanco</i>	
<i>En la fiesta del Loto Blanco, de San Salvador</i>	POR CODY BILL
*.....	» VICENTE CORTÉS REALES
<i>¡Navidad!</i>	» MANUEL TREVIÑO
<i>De los reparos ofrecidos</i>	» TOMÁS POVEDANO
<i>Más sobre los reparos prometidos</i>	» « «
<i>¿Por qué difiere la Trinidad Arcaica de la Trinidad Cristiana?</i>	» FRANCISCO BERTY
<i>Fatalismo, determinismo y libre albedrío</i> ...	» F. CLIMENT TERRER
*.....	» CORPUS BARGA
<i>Asuntos diversos</i>	

IMPRENTA ALSINA, SAN JOSÉ, COSTA RICA

“VIRYA”

"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO
PSICOLOGÍA, ETC.

AÑO XIII

SAN JOSÉ, COSTA RICA, JUNIO DE 1922

NÚM. 45



Permanente

La "Sociedad Teosófica", que fué fundada en 1875 por Helena Petrovna Blavatsky y Henry Steel Olcott, tiene su Cuartel General en Adyar, Madrás, — India Inglesa, — siendo su Presidente actual Mrs. Annie Besant, en virtud de elección general de teosofistas de todas partes del mundo. Las Logias establecidas en Centro América, por dicha Sociedad, son dependientes de la Sección Cubana, de la cual es Secretario General don Rafael de Albear.

Hacemos esta advertencia a nuestros lectores, para evitar errores y posibles confusiones con cualquiera otra Sociedad, que, habiendo adoptado el mismo nombre y empleando términos teosóficos o palabras tomadas de las enseñanzas de la Sociedad Teosófica, pretenda pasar por tal, desorientando así, tal vez, a muchos investigadores sinceros que desean conocer nuestras doctrinas.



FIESTA DEL LOTO BLANCO

8 de Mayo de 1922

SE celebró esta fiesta con igual dedicación que en años anteriores, siendo presidida por don Tomás Poyedano en nombre de la Logia Virya y representada la Logia Dharana por la señorita Mercedes Montalto.

Usaron de la palabra el señor Presidente, la señora Carmen de Madrigal, la señorita Ana Rosa Chacón, el señor C. L. Sáenz, el señor Sotela y el señor Monturiol.

La orquesta, compuesta de armonio, dos violines y una flauta, fué dirigida por el señor don Enrique Jiménez Núñez, con su acostumbrada maestría, y amenizó los intermedios con brillantez y empeño.

La señorita Flora Field sorprendió al numeroso auditorio con la revelación de facultades extraordinarias para el canto, y terminó el acto en la forma acostumbrada dejando los ánimos llenos de plácida y fraternal alegría, y esperanza en que la fecunda labor de los fundadores honorables e inspirados de la Sociedad Teosófica H. P. B. y Olcott, será cada día mejor comprendida y estimada por todo el mundo.

Dejamos de extendernos en pormenores y detalles de tan grato acto para dar cabida a otros de igual índole referentes a las Logias Teosóficas del Salvador.



H. P. BLAVATSKY

EL LOTO BLANCO

en el Centro Teosófico de San Salvador,
el 8 de mayo de 1922

EL director de este diario ⁽¹⁾ ha recibido la invitación y el programa siguientes: San Salvador, 5 de mayo de 1922.—
Estimado señor: Por mi medio, las Logias unidas TEOTL y ALETHEIA invitan a Ud. a la FIESTA DEL LOTO BLANCO, que se celebrará en el Centro Teosófico de ambas Ramas, el ocho del corriente a las 8 en punto de la noche.—La Fiesta del «Loto Blanco», más que una fiesta es un torneo de amor fraternal y cultura moral y espiritual, que los teosofistas todos del Mundo celebran en recuerdo y homenaje a la memoria de su Maestra, Elena Petroyna Blavatsky (fundadora de la Sociedad Teosófica, en Nueva York, en 1875), desaparecida del mundo de los vivos, el 8 de mayo de 1891.—Soy de Ud. muy atento y seguro servidor,
RAMÓN AVILÉS.

PROGRAMA:

I. Discurso de apertura, por el Dr. don J. Max. Olano.—
II. «Come le rose», cantado por don Gustavo Oriani, con acompañamiento de piano, por don Américo Oriani.—III. «Senderos luminosos», poema inédito leído por su autor, don Antonio Ochoa Alcántara.—IV. «Hungarian Rapsody», H. Hauser (Op. N^o 43), violín, por don Francisco López Navarro, con acompañamiento de piano, por la señorita Flora Herrera.—V. Conferencia dictada por el Doctor don Juan Felipe Orozco.—VI. Discurso de clausura, por el Doctor don Vicente Cortés Reales.

(1) «El Diario Latino».

EN LA FIESTA DEL LOTO BLANCO, DE SAN SALVADOR

LA concurrencia fué numerosa y distinguida. El Presidente de la Logia «Teotl», Doctor don J. Max. Olano, dictó su discurso de apertura, alocución erudita que gustó en alto grado.

Los hermanos Gustavo y Américo Oriani fueron aplaudidos por su buena ejecución de canto y piano.

El poeta Antonio Ochoa Alcántara leyó su poema inédito «Senderos luminosos». El señor Alcántara es una esperanza patria; puede Honduras enorgullecerse de tener un hijo de tan alto vuelo, que sin duda alguna le dará positiva gloria. Mañana publicaremos la composición de referencia.

El conocido artista Francisco López Navarro y la señorita Flora Herrera fueron calurosamente aplaudidos por la ejecución de su «Hungrian Rapsody», en violín y piano.

En breves pero elocuentes palabras, el Doctor don Juan F. Orozco disertó sobre la vida y genialidad de la Maestra Blavatsky y tradujo del francés varios grandiosos párrafos escritos por Levy.

Dulce como el canto de la alondra, la señorita Zelié Lardé cantó «Mamma mía, che vá sappé...», siendo ovacionada por el auditorio.

El Doctor don Vicente Cortés Reales clausuró el programa con un bien pensado discurso que versó sobre el materialismo del hombre actual y los efectos desastrosos de la falta de fraternidad

y del falso concepto de Patria. El Doctor Cortés Reales fué muy felicitado por su alocución.

Obsequióse con sabrosos sorbetes a los concurrentes, y como recuerdo de la Fiesta del Loto Blanco, a cada uno de los invitados se le dió una flor simbólica primorosamente confeccionada por la hermana María Ofelia Montalvo.

CODY. BILL

(Del «Diario Latino» de San Salvador).

*
* *

*
* * *

Discurso pronunciado por el doctor don Vicente Cortés Reales, el 8 de mayo de 1922, por motivo de la celebración de la Fiesta del «Loto Blanco», en San Salvador, América Central.

Señores:

DESIGNADO por ambas logias teosóficas de esta ciudad para desempeñar el último número en esta humilde, pero simpática fiesta del pensamiento y del espíritu, con que, según sabemos, se conmemora la desencarnación de la individualidad que, la última vez que ha estado entre nosotros, en la forma que llamamos viva, ha sido la mujer más grande del siglo diez y nueve, la señora Helena Petrovna Blavatsky, acontecimiento que se está celebrando en este día en todo el planeta que habitamos, cábeme la honra de presentaros en este momento nuestra sincera gratitud y nuestros más vehementes deseos de que os conservéis en lo venidero sanos y contentos con la Paz y la Fortuna por constantes compañeras, para que podamos, mientras se nos llega el fin de esta jornada por este valle de miserias, reunirnos siempre en aniversarios sucesivos que esperamos progresivamente más solemnes que el de ahora.

Pero antes de que nos separemos quiero hablaros un momento acerca de las consecuencias de la falta de FRATERNIDAD en que vivimos, de la falta de ese gran principio enseñado por todos los grandes instructores del género humano y que, proclamado en todos los pueblos cristianos, aun no ha sido comprendido por una mayoría abrumadora, no obstante que, para colmo, ha sido escrito

hasta con lágrimas y sangre por el pueblo francés durante el ordenado desorden de 1789, llegando por último hasta la consecuencia de que el tal principio ha sido consignado en las leyes fundamentales de algunas naciones entre las cuales tenemos la dicha de contar la nuestra, sin que, a pesar de tan intensa propaganda, haya sido puesto en práctica alguna vez, siquiera mediante y menos con alguna amplitud, triste es decirlo, ni siquiera entre las familias y menos entre las sociedades, desde las pequeñas hasta las naciones.

Como una demostración clara de lo dicho anteriormente, tenéis, para mencionaros hechos en abundancia, el perenne y abrumador trabajo de los tribunales, dirimiendo cuestiones sobre herencia entre las familias; y sobre la propiedad, el honor, etc., entre los demás; y pasando de un salto a las naciones, para no recorrer la extensísima escala de las sociedades, tenéis por allí las grandes conferencias de la paz, del desarme, la económica y muchas más en que por mucho que se trata del avenimiento de las naciones, están todavía en el enunciado del problema, que lleva trazas de resultarles irresoluble.

¿Y por qué? Pues simplemente, por falta de fraternidad, porque no queremos practicar el reconocimiento de ser hijos de un mismo padre, porque no queremos como tales cumplir todas nuestras obligaciones como miembros de la gran familia humana, para que tengamos también iguales derechos; o en otras palabras: porque no queremos cumplir el precepto de «A tu prójimo como a ti», pues estamos viendo que tanto entre individuos como entre naciones cada cual quiere realizar la satisfacción de sus propias necesidades y hasta de sus caprichosos deseos a costa y aun con sacrificio de los demás, lo cual nunca dará por resultado efecto distinto a las miserias; y por consiguiente, por tal camino, jamás llegaremos al reinado de la paz que todos anhelamos.

Demasiado notorio es, que mientras, por un lado, los grandes estadistas y representantes diplomáticos de las principales naciones del orbe estudian y se afanan en hallar la magna fórmula que dará la paz al mundo; otras grandes capacidades científicas, por otro, se afanan en aplicar los últimos descubrimientos, las más grandes invenciones, al arte de la guerra, al arte de destruir al prójimo, al arte que enseña la mejor manera de violar el quinto

precepto del Decálogo, al arte de matar, y de matar en grande escala, para diferenciarse así de nosotros los salvajes, que aun no hemos aprendido a tronchar cientos de vidas de un golpe. Mientras algunos políticos de buena voluntad procuran ajustar tratados con el loable fin de evitar la miseria y la muerte, otras capacidades se ocupan: unas en absorber toda la riqueza del mundo; y otras, en fabricar las más ventajosas máquinas para destruir a sus semejantes; y así tenemos esas instituciones que se llaman... trusts produciendo la miseria; las fábricas de la muerte vomitando balas y cañones; los laboratorios produciendo explosivos, gases asfixiantes y, como si esto no bastara, extrayendo el nitrógeno del aire sin cuidarse de las graves consecuencias que pudieren sobrevenir; los astilleros, produciendo febrilmente acorazados, cruceros y sumergibles de todas clases y tamaños; y hasta las que se ocupan de la fabricación de aparatos dominadores de las distancias y del aire, o sean ferrocarriles, automóviles, dirigibles y aeroplanos, no trabajan en ellos sin poner malos pensamientos en sus obras, haciéndolos adaptables para la destrucción de sus hermanos en caso de discordia. Y todo, como hemos visto, por falta de fraternidad, por abundancia de egoísmo.

Y como las virtudes y los defectos de los pueblos son semejantes a los de los individuos que los forman, porque son el conjunto o suma de los que estos tienen, resulta que al igual que un exagerado y erróneo concepto del amor propio lleva a los hombres desde la previsión hasta la malicia, desde la defensa hasta el ataque que puede llegar hasta el resultado de ultimar a su prójimo; así el exagerado y erróneo culto de la patria que hoy reina en todas partes y que no es más que la suma del exagerado y erróneo concepto del amor propio de todos los individuos de la especie humana de cada nacionalidad, está arrastrando a todas las naciones hacia lo más profundo de la más espantosa sima, con una rapidez tal, que es muy difícil, casi imposible, que nos detengamos en el descenso, hasta el grado en que parece que lo más prudente, es prepararnos para atenuar en lo posible los perniciosos efectos de la caída; mas como ésta a nadie es conveniente, hay que luchar con todo el esfuerzo de que somos capaces, para recobrar la perdida senda y seguir adelante, hasta alcanzar la meta en donde la dicha nos espera.

Así es, que mientras ese concepto de amor a la patria no sea substituido por un mejor concepto, o más bien dicho, mientras ese amor no sea substituido por un amor desinteresado, despo- seído de las preocupaciones que producen la desconfianza que mo- tiva el convencimiento de la falta de amor recíproco, no habrá paz en el mundo.

Mas como me parece que estoy cansando demasiado vuestra atención y creo que con lo que he dicho os sobra para compren- der que casi todos los actos de la vida de los individuos de la especie humana están impulsados por sentimientos egoístas, exceptuando quizá únicamente las caricias de la madre al hijo, quiero también confesaros que reconozco que el egoísmo ha tenido su razón de ser, que ha sido la gran fuerza motriz que ha puesto en movimiento a la humanidad actual para llegar al grado de progreso en que se halla, porque las humanidades, lo mismo que cada uno de los individuos que la forman, pasan por todas las edades; y así como los niños cuando comienzan el aprendizaje de las primeras letras o de las primeras reglas del arte que los harán aptos para la lucha por la vida, no comprenden el bien que con dichas enseñanzas se les hace y es necesario estimularlos con dulces, con premios, con diversiones y con cuanto puede agradarles, y entreveces hasta con lo que no les agrada, para que aprendan sus lecciones; pero que más tarde no ya los niños, sino los jóvenes que, con su razón ya en pleno desarrollo, comprenden que el mejor estímulo, que la mejor recompensa de su aplicación, está en los beneficios que recibirán de lo que se les enseña, y ya no trabajan por el interés de los dulces y premios, ni por temor a los castigos, sino por realizar sus propias aspira- ciones; así la humanidad entera ha necesitado del egoísmo, de ese gran estímulo que se llama amor propio en el individuo y amor a la patria o patriotismo en el ciudadano.

Pero ahora, en el punto de evolución en que la humanidad se encuentra, en que debido a las obras del progreso las distan- cias apenas pueden oponerse a la rapidez de la comunicación del pensamiento y de la obra, y que por tanto las dichas y las penas, cualquiera que sea el lugar en que aparezcan, pronto llegan a ser mundiales, el egoísmo y el patriotismo, tales como hasta hoy se han entendido y practicado, van siendo anacrónicos, o más bien

dicho, extemporáneos, su papel ha terminado; y aunque nos gusten y nos parezca imposible transformarlos, hay que resignarse a ello, porque nos impiden el progreso.

Debemos, pues, ir preparándonos para el gran cambio, ir pensando y llevando a la práctica un mejor concepto del amor propio que nos permita un mejor y más amplio concepto de la fraternidad que tanto nos falta o que tan mal practicamos; debemos ir pensando y acostumbrándonos a hacer práctico el pensamiento de que jamás llegaremos a ser felices si no procuramos la felicidad de los demás; y para ello, no tenemos tiempo que perder, debemos dar principio por laborar tesonosamente en la obra de generalizar y arraigar en todos esta idea, hasta el grado de que la manifiesten en todas sus acciones. Cuando lleguemos a ese punto, quedará transformado el axioma de «Si quieres paz, prepárate para la guerra», por la práctica del de «Si queréis gozar de paz, procuradla a los demás». Entonces y sólo entonces habremos empezado a vivir la verdadera vida, la vida del espíritu, porque habremos empezado a aprovechar las enseñanzas de los maestros, que dicen: «A tu prójimo como a ti»; «Amaos los unos a los otros»; «Seamos como el árbol de sándalo que perfuma al hacha que lo hiere»; «Devolved bien por mal»; «No hagáis resistencia al mal» y muchas más de la misma índole. Entonces también se harán innecesarias todas esas instituciones que se llaman: de policía, de seguridad, tribunales de justicia, casas de corrección, ejércitos, armadas, etc., etc., que sólo sirven para acarrearlos males, puesto que, cuando con más opulencia las tenemos, la humanidad se muere de hambre en la miseria.

Permitidme, pues, que en este día sea el más simpático final de nuestro turno en esta fiesta, la acción de nuestras Logias de reiteraros su gratitud por vuestra fina atención de acompañarnos, a la vez que la de imploraros, como un óbolo más para la glorificación de nuestra amable maestra H. P. Blavatski, que os dediquéis con entusiasmo a practicar y a exhortar y a hacer que sea practicada por vuestras familias y por vuestros amigos, la verdadera fraternidad, piedra angular de todas las doctrinas que vino a enseñarnos a cumplir el Maestro Jesús el Nazareno, aquel superhombre que, recibido a la vida por la humanidad en un establo de Bethleem y despedido de ella por la misma en una

cruz en la colina de «El Calvario», solamente nos dejó, en cambio del martirio, abiertas en par las puertas del sendero que debemos recorrer, para llegar en menos tiempo al perdido Paraíso, que os deseo como a hermanos.

¡Paz a todos los seres!

He dicho.

VICENTE CORTÉS REALES

San Salvador, 8 de mayo de 1922.

A large, stylized handwritten signature in black ink, appearing to read 'Vicente Cortés Reales'.

*
* *

Reunión del 28 de diciembre de 1921.

¡NAVIDAD!

Inspirado y extractado de un trabajo de C. W. Leadbeater, por D. Manuel Treviño, y remitido por su autor para VIRYA.

LAS dos más grandes fiestas de la Iglesia Cristiana, así como de todas las grandes religiones, son la Navidad, en la cual se celebra el nacimiento del Dios Sol, y la de Pascua de Resurrección, en la que se celebra Su victoria sobre las fuerzas de las tinieblas.

La Navidad se celebró siempre en aquel día después del Solsticio hiemal, esto es, de invierno, en el cual los días empiezan a crecer por mañana y tarde. En este solsticio empieza la tierra a alejarse del sol, en vez de ir hacia él; pero en cambio sus rayos van a caer cada día más perpendicularmente sobre el hemisferio norte de la tierra. La Pascua de Resurrección, aquella fiesta en que se celebra la victoria del Dios Sol sobre los poderes tenebrosos, tiene lugar después del equinocio de primavera cuando los días comienzan a ser más largos que las noches.

Estas fiestas datan de miles de años antes del nacimiento de Jesús y es muy natural que la Iglesia Cristiana las haya adoptado.

¿Por qué resultan estas fechas inadecuadas para el hemisferio Sur?

Hoy nos es desconocida la fecha exacta del nacimiento de

Jesús; pero por varias indicaciones que poseemos parece probable que ocurriera en primavera.

¿Por qué, pues, se aceptó el 25 de diciembre para la celebración de la Navidad, en la primitiva historia eclesiástica? La cosa es fácil y natural. Existiendo ya el festival solemne del Sol, era conveniente aprovecharse de la circunstancia de ser ésta una fiesta pública.

Hay dos clases de gentes que consideran de modos muy distintos estas conmemoraciones eclesiásticas. Los que sólo ven en ellas únicamente sucesos históricos y los que procurando descorrer un poco el velo que aparta de nuestras miradas el lado oculto de las cosas para investigar en las verdades de la naturaleza, reconocen el lado simbólico con significaciones interesantísimas.

Siete aspectos nos ofrece esta fiesta:

I.—El aspecto histórico que no debe ser desdeñado por nosotros. Hemos indicado la idea de que el nacimiento de Jesús pudiera no haber ocurrido el 25 de diciembre, día hoy señalado para la Navidad. Pero esto no merma en nada la solemnidad de la fiesta y su oportunidad puesto que lo importantísimo será no olvidar aquel acontecimiento. El día de Navidad sirve para conmemorar el descenso a la tierra del gran discípulo Jesús y dar lugar a una manifestación de gratitud por el hecho de haber él dejado su cuerpo al Gran Instructor para que pudiera venir a fundar Su religión y predicar sus enseñanzas.

Aquí surge una pregunta que preocupa a muchos, pero que es fácilmente resuelta, por los que conociendo los hechos de la reencarnación saben algo de la fuerza, poder y dignidad de Aquel Grande que designamos como el Instructor del Mundo. Sabemos que no sería para El práctico ni conveniente ocupar un cuerpo humano durante el transcurso de aquellos años que median entre el nacimiento y desarrollo que constituyen aquí los primeros peldaños de la vida. Por esto se ocupa un discípulo suyo de esta total preparación y desarrollo, y El desciende a ese cuerpo cuando ya está dispuesto, empleándolo para sus propósitos. Mientras tanto El vive habitualmente en un plano muy elevado, y desde allí dirige su obra, de modo tal, que no es común lo comprendamos.

En este caso concreto, un discípulo avanzado de Cristo el Señor, nació el año 105 antes de nuestra era, entre los descendientes del Rey David, como hijo de José y de María, recibiendo el nombre de Jesús. Permaneció encargado de su cuerpo hasta la edad de 30 años y se lo ofreció al Cristo que lo ocupó tres años durante Su ministerio terrenal.

El discípulo, Jesús, volvió a nacer, como Apolonio de Tyana, próximamente hacia la fecha que hoy se designa como comienzo de la era cristiana. Mil años después, volvió a aparecer como el gran instructor Ramanutjacharya, quien influyó profundamente en el pensamiento indo. A su debido tiempo recibió la compensación a su sacrificio y alcanzó la Iniciación Asetcha, convirtiéndose en uno de los Maestros de Sabiduría. Ahora, ya no le reverenciamos como un discípulo sino como el Maestro Jesús.

Aparte de estos datos, hoy tiene para nosotros, miembros de la Estrella, una significación importantísima, cual es la conmemoración de aquella última vez en que el Gran Instructor tomó un cuerpo físico para poder enseñar a los hombres, hecho que esperamos se repetirá pronto para bien de la humanidad.

II.—No se como abordar la explicación del segundo aspecto; pues si os hablo empleando los símbolos de los griegos, es posible que no me comprendan los que carezcan de la preparación conveniente y, si hago mi exposición con las palabras que usa el cristianismo, alguien, llevado por sus prejuicios, entienda que quiero hacerle retrotraerse a la fe de que es quizá disidente en la forma.

Si queremos meditar en los tres aspectos del Logos o verbo, nos encontramos con lo que los cristianos llaman la Santísima Trinidad, la cual no es patrimonio exclusivo de ninguna religión.

Pues bien, en esta ocasión hemos de recordar el descenso del Segundo Logos o Segunda Persona de la Trinidad en la materia. Así como en un aspecto más concreto esto significa el descenso de nuestro Gran Instructor en un cuerpo humano para guiarnos y enseñarnos, por lo cual le debemos inmensa gratitud, así también deberemos manifestar nuestro profundo reconocimiento a la Gran Divinidad Solar por su bondadosa limitación de Su poder y Su Gloria con la cual nos trajo a esta existencia.

Hay quienes ignorando la gloria que se extiende ante todos nosotros y desconociendo algo del poderoso plan del cual forman

parte, no sienten gratitud por haberseles proporcionado esta existencia, pues sólo piensan en aquella ínfima parte que ven del gran ciclo de la vida.

Nosotros sabemos que trabajamos para la belleza del futuro, que ejecutamos algo del plan donde se manifiesta Su amor maravilloso y cuando nos alcanza un destello de él sentimos una fuerza que nos mueve y llena de gratitud, por haber sido señalados, aunque pequeños, para tomar parte en la gloria y perfección que llegará a ser.

III.—En otro de sus aspectos, nos recuerda el día de Navidad la primera de las grandes Iniciaciones, pues la Iglesia de los primeros siglos ordenó sus fiestas durante el año recordando estos grandes pasos de los que avanzan por el Sendero.

Esta primera gran Iniciación, significa para nosotros un segundo nacimiento; el nacimiento en la gran Hermandad Blanca. El Adviento es un período preparatorio en el cual se consideran las cualidades requeridas y ahora, en estos días, se presenta ante nosotros la cosa en sí y los resultados obtenidos.

Nos encontramos ante el hecho de la venida de un Gran Instructor y Salvador—no en el sentido de que viene a salvarnos de la tortura eterna, pues este es un error y una idea horrible que es causa de gran sufrimiento en el mundo—sino a salvarnos como al Iniciado, con su instrucción, apartándonos del error y la ignorancia y por consiguiente, de muchas penalidades y sufrimientos, consecuencia necesaria de nuestras limitaciones.

Este día trae a nuestra mente aquel en que nosotros recibiremos esta maravillosa Iniciación y debemos regocijarnos en nuestros corazones pensando en lo futuro.

Aun cuando pocos lo reconocen de veras, la humanidad es una fraternidad y la unión entre los hombres es tan real y positiva que el bien alcanzado por uno de ellos es un bien que afecta a todos, siendo todos ayudados y elevados por esa adquisición.

Aparte de la exactitud histórica de la vida del Cristo según los Evangelios, hemos de considerar aquel relato como la historia espiritual de los que verdaderamente siguen al Cristo. Desde luego no es una historia: es un drama, una colección de episodios dispuestos como para ser representados en un retablo. La demostración de esto nos entretendría demasiado, pues habríamos

de acudir a las obras y dichos de los primeros padres de la Iglesia. Respetuosos con las ideas de los demás, dejemos a aquellos que creen en el relato como hechos de la vida de un gran ser, pues tal es la fe que necesitan. Si nosotros hemos nacido en esta raza y en el seno del Cristianismo, alguna razón habrá para ello y nuestra principal misión debe ser ayudar a la evolución de nuestros conciudadanos sin imponerles nuestras creencias, fomentando la fe del conocimiento y no estimulando la fe ciega.

Examinados los motivos principales de cada religión antigua y el propósito fundamental que la inspiraba, llegamos al Cristianismo, cuya idea central es el propio sacrificio. Esta hermosa idea puede ser el tema de nuestra influencia en los demás preparándoles así para la religión del amor universal.

IV.—Así como Adviento sugiere en nosotros la próxima venida de nuestro Señor, esta idea culmina en la Navidad. No podemos eludir en nosotros la idea de aquella próxima Gran Navidad cuando de nuevo aparezca entre nosotros. Aquel mismo, el mismo Gran Ser que tomó el cuerpo de Jesús, hace dos mil años, está dispuesto a venir otra vez para bendecir al mundo con Sus Enseñanzas y Su ayuda como lo bendijo la otra vez. La voz que habló como ningún hombre habla, otra vez hablará a los oídos de los hombres que ahora viven, y a no tardar mucho. Aquellos de entre nosotros que viven esta creencia, están naturalmente dispuestos para prepararse y preparar a los demás para recibirle, y a difundir esta nueva en el mundo exterior.

Resulta extraño la escasa preparación que en aquel entonces se hizo para recibir a un tan Gran Ser. Parece que hubo una gran expectación, como ahora, pero tan solo, que sepamos, estaba Juan Bautista. Las condiciones de hoy son muy diferentes y esto facilita la preparación en gran escala, y todos los que hayan examinado la evidencia de Su venida, encuentran muy buenas razones para esperar la llegada del Señor y preparar Su camino allanando los obstáculos.

En todo el mundo hay una gran expectación por la venida del Cristo. Todas las religiones, en tanto que son activas, le esperan. Los hindus esperan al Kalki Avatara; los budistas de hoy esperan al Señor Maitreya, que tal es el nombre con que designan al Gran Instructor que aquí se llama el Cristo. Entre los

mahometanos, un pretendiente que sobresalió, no hace muchos años en Africa, tuvo muchos partidarios porque dijo que era el Imam Mahdi, el Salvador que esperaban. No lo era, pero muchos lo creyeron, etc., etc.

¿Por qué hay esa espectación en el mundo entero? Si estudiamos el lado oculto de las cosas veremos que es el reflejo sobre las mentes de los hombres del conocimiento de los Grandes Seres, los Adèptos y los Devas. Ellos saben que el Gran Instructor va a venir y su conocimiento en la atmósfera mental se comunica a nuestros cuerpos mentales por una vibración simpática, que da lugar a esa gran espectación.

Nadie ignora que la necesidad del mundo es grande y todos podemos recordar las palabras de una escritura antigua donde se representa al Instructor del mundo diciendo:

«Cuando el mal triunfe, vendré en auxilio».

Aquellos que han llegado a los pies de esos Grandes Seres que saben estas cosas, han oído de ellos que:

«Cuando la Tierra esté preparada por vuestros esfuerzos, iré», y creen que debe ser pronto, puesto que la necesidad es grande. Claro está que esto no será una prueba evidente para los demás; pero es un testimonio muy digno de tomarse en cuenta.

Esforcémonos para que todo esté dispuesto a su llegada; purifiquémonos y preparémonos a ser dignos de El cuando llegue; allanemos su camino, y si hace siglos, cuando vino en Judea, sólo encontró un Juan Bautista, que hoy todos, cada uno, conforme a sus posibilidades, aproveche esta oportunidad de ser un Juan Bautista para El y para el mundo.

V.— Debemos tener presente otro aspecto de la Venida del Cristo, su descenso al corazón de cada individuo, el desarrollo del principio Cristo en nosotros.

Esta encierra en sí un glorioso e íntimo misterio, la magnífica y más íntima unión entre el Segundo Logos, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad y el Gran Instructor del mundo y, a su vez, el lazo que une a Ambos con aquel principio en el hombre que designamos como la intuición, significando, sin embargo, mucho más que intuición, puesto que es el Saber que conoce internamente y no por el proceso del razonamiento.

Este principio Cristo, mora en todos y cada uno de nosotros,

y puede ser despertado, mejor dicho, está poniéndose en actividad hoy, a medida que comprendemos, sentimos y ponemos en práctica la fraternidad humana, puesto que de este modo realizamos la Paternidad de Dios.

Así llegamos al conocimiento de que nuestra conciencia separada no es otra cosa que una ilusión, pues somos uno en El. Primero, uno con todos los que le conocen y aman, y luego en mayor extensión con todo el mundo, le conozcan o no.

Lograr esa inmensa conciencia, realizar el Cristo en nosotros, no es cosa imposible, puesto que hoy lo están logrando algunos. A veces se manifiestan destellos de su gloria, relámpagos de su maravillosa paz y en esos momentos nosotros sabemos, sin que nunca jamás puedan ser olvidados estos vislumbres por aquellos que los han sentido y visto, aun cuando la pena, el sufrimiento y los horrores les asedien. El que ha visto, nunca más se borrará en él la evidencia y la certidumbre que llena ya para siempre su ser.

Es verdad que muchos que tocan esta gloria en un momento, son inconscientes de ello y no saben lo que es ni sienten la intensidad de su esplendor. Únicamente saben que han tenido momentos de éxtasis, momentos en los cuales el amor divino les inundaba de un modo que nunca pudieron imaginar, una gran paz como únicamente puede concebirse más allá de todas las cosas de la tierra. Pero luego, creciendo en nosotros esa certidumbre, haciéndose más intensa y más largos esos momentos de felicidad, esa superior conciencia se perpetúa en nosotros, Cristo está en nosotros y nosotros en El.

Entre nosotros hay quienes se esfuerzan conscientemente para alcanzar esta gloria con todo su esplendor. Para ello unos siguen el camino de la absorción intelectual más intensa; otros por el trabajo rudo de la acción; otros por la práctica de la virtud; pero el camino más corto, el método más directo de alcanzar rápidamente la mayor elevación es el deliberado despertar del Cristo en el corazón humano.

Por el continuado esfuerzo llevado científicamente crece más y más nuestro conocimiento hasta que conscientemente entramos en la gloria y plenitud del Cristo, realizando la existencia del Dios en el hombre. Tal es el nacimiento del Cristo en nuestros

corazones. Por esto y por la gloriosa oportunidad que se nos ofrece, debemos manifestar nuestra gratitud en los días de Navidad.

Y si Cristo va a nacer en nuestros corazones, debemos vivir la vida del Cristo, debemos manifestar Su espíritu a los que nos rodean. Pero el espíritu de Cristo es ante todo amor y fraternidad; por lo tanto, el hombre en el cual se desarrolla este espíritu, seguramente muestra al mundo su amor, su benevolencia, su tolerancia. Así decimos que un hombre es grande, noble, caballeroso, cuando es ampliamente tolerante, de gran corazón, de elevados pensamientos, etc., y precisamente esto es el resultado del principio Cristo que mora en él.

Otro signo evidente del desarrollo del Cristo en el hombre, es el altruísmo, pues esta es la clave y virtud principal que es origen de todas las demás.

¿Cuán distinto sería el mundo si todos pensarán en los demás antes que en sí mismos; si los hombres ejercitaran en ellos la más amplia y tolerante opinión de los otros!

VI.— Todos los grandes festivales tienen otro aspecto; el de ser canales especiales por los cuales fluyen abundantemente las fuerzas espirituales. Es cierto que en todo momento tienen lugar estas emisiones de elevadas fuerzas; pero en determinadas ocasiones este flujo es más intenso.

En todo el universo rigen leyes que los Grandes Seres utilizan con la mayor economía y menor gasto de energías posibles. Ya hemos consignado que estas grandes fiestas no son meras conmemoraciones de hechos físicos. Estos días señalados indican los momentos de acciones definidas por parte del Cristo viviente, bajo cuya influencia se encuentran cuantos confían en Su amor y Su ayuda.

Todos debemos apartarnos de los antiguos prejuicios haciendo un esfuerzo para comprender el principio en que descansa este asunto de la difusión y emanación de esa fuerza que desciende de los planos superiores.

Por estúpida que sea la fuerza empleada en la ayuda espiritual del hombre, jamás, según una ley inmutable, puede ser agotada en tanto que se utilice de la mejor y más conveniente manera.

Cristo es un gran oficial de la Gran Gerarquía y como tal

constantemente emana aquellas magnificentes fuerzas de Su elevado nivel.

Se contribuye a esta inmarcesible labor según los medios de cada cual; quienes pudiendo actuar en el astral ocupan sus noches ayudando a los obreros invisibles que alivian las penas y sufrimientos de las gentes; otros ayudando en el mundo objetivo a despertar en las mentes de los hombres por medio de la instrucción, el sentimiento de esta paz y recto deber. En estos y otros casos siemore hay una cantidad de esa fuerza divina en proporción al noble objeto y propósito que guía nuestras actividades para ayudar a los demás.

Así, cuando en una colectividad como ésta, nuestros nobles sentimientos son puestos en actividad al unísono, cuando nuestras mentes y nuestros corazones vibran en una forma elevada pensando en el bien de la humanidad y comprendiendo la posibilidad de ser un canal para la fuerza del Maestro, nos colocamos en condiciones favorables para que esa fuerza espiritual fluya aquí siendo una bendición para los que nos rodean.

VII.—Por último, aun hay otro aspecto de la Navidad. Esta es una fiesta que formula una llamada a los hombres de paz y buena voluntad.

Muchas gentes sienten hoy la necesidad de dar expansión a una alegría y regocijo que nace en sus corazones. Al manifestar este sentimiento lo hacen de un modo torpe y a veces contraproducente; no saben leer en su propio ser el dictado, el impulso de su conciencia y se desbordan sin saber por qué tumultuosamente. El espíritu que anima la Navidad es un sentimiento de fraternidad que se se desborda del corazón humano. Así que en tal día se manifiesta aún más que en el resto del año aquella buena voluntad, aquella nobleza y camaradería que vemos en muchos actos realizados por gentes; acordándose de aquellos otros seres que no son felices, que apenados verán transcurrir las horas en que muchos sienten el goce en sus corazones, y acudiendo a hacer felices en lo posible y alegres los días de los demás sin distinción de clases ni otras limitaciones. Se hacen más limosnas, se lleva el consuelo a más hogares, se aminoran los sufrimientos de muchos.

Si nos fijamos bien en estos hechos, nos daremos cuenta de

que esta es la fiesta en que se despierta más, dentro de lo posible, el sentimiento fraternal que debe unir a los hombres.

¿Podremos permanecer nosotros tristes y apenados ante este hecho significativo?

Hagamos que la Navidad entre en nuestros corazones, en nuestras almas, procuremos cada uno de nosotros aquello que los Angeles sintieron hace mucho tiempo. Ensalcemos al Dios de las alturas y que en nosotros more la alegría como hombres que somos de paz y buena voluntad. Pero ante todo procuremos que de esta dicha participen todos los hombres.

*
* *

DE LOS REPAROS OFRECIDOS

HABIENDO tenido que responder a las agresiones *que se manifiestan al exterior* contra la Teosofía, la Sociedad Teosófica y sus afiliados en Costa Rica, procuré saber si en los diarios más independientes hallaban benévola acogida mis escritos tendientes a rehuir toda polémica personal, sabiendo por dolorosa experiencia que «no hay peor sordo que el que no quiere oír», y en uso del derecho a la defensa de las enseñanzas que la Teosofía nos ofrece, viéndolas profanadas y equivocadamente expuestas por los contrarios intereses de los unos, o por la ignorancia de los otros.

Tuve la buena suerte de que la amplitud de miras del diario «La Tribuna» acogiera bondadosamente mi propósito y gracias a ello pude con algunos escritos dar comienzo a mi tarea, hasta allí donde lo permiten estas publicaciones que tienen que responder a intereses sociales de tan diversa índole y en lo posible a tendencias inclinaciones populares.

El artículo que sigue fué el último, escrito ya hace días para comenzar a cumplir mi ofrecimiento de poner reparo a los errores mencionados; pero «La Tribuna» no pudo, por sobra de material urgente darle oportuna

publicidad, y como es de suponer que igual tropiezo esperaba a los artículos que le siguieran, a pesar de la buena voluntad del Director y Redactores de dicho periódico, a quienes quedo muy agradecido, traslado éste y mis futuros reparos a VIRYA, donde tengo la ventaja de tratarlos con mayor claridad y amplitud, y la desventaja lamentable de que no lleguen tales reparos al pueblo, cerca del cual se trabaja para mantenerlo en crasísimo error respecto de cuanto pueda sacarlo de la esclavitud mental en que vegeta, alimentando sus odios y preven- ciones sobre enseñanzas alentadoras y puras, en las que ahora o luego ha de encontrar su redención; el sendero de su dicha.

Dicho artículo es el siguiente:

TEOSOFIA Y TEOSOFISTAS

Hace ya largo tiempo que yo esperaba tener la oportunidad de llamar la atención—de quienes en lo que sigue se dignen emplearla—sobre la diferencia existente entre lo que es la Teosofía y lo que por razón natural son los teosofistas. Afortunadamente ha llegado esa oportunidad y he de aprovecharla. Por supuesto que, el término primero del dilema solamente puede ser bien desenvuelto por medio del libro y no en un compendioso artículo de periódico. Así pues, por ahora, he de limitarme a exponer uno que otro concepto respecto del particular y a ello voy.

Es la Teosofía la Divina Ciencia transmitida edad tras edad por los hombres más adelantados en sabiduría y virtudes, para dar a conocer el por qué y el cómo de la existencia bajo todos sus aspectos, orígenes y conse-

cuentes finalidades. No pertenecen las enseñanzas teosóficas a religión particular alguna, ni están relacionadas con sociedad o tiempo alguno de manera exclusiva: «Son estas enseñanzas el privilegio de toda alma humana».

No es la Teosofía enemiga de las religiones: las ama y apoya en cuanto ellas tienen de virtual, y explica sus orígenes, símbolos y misterios. No posee credo ni ritual alguno, como no sea ese credo la fidelidad a la Verdad, y ese ritual el honrar a la Verdad en pensamiento, palabras y obras. (Véase «La Clave de la Teosofía»).

Seguro como estoy de que no faltará quien, con más tiempo de que disponer y con mejor preparación que la mía, vuelva sobre este punto, baste hoy con lo dicho; y si en ello hubiese error o falta de claridad de expresión, no recaiga ello sobre la «Ciencia de los principios y misterios de todas las cosas», o Teosofía, sino sobre mi impericia para en tan brevísima síntesis dar de tal Ciencia la más apropiada y terminante expresión, y vamos al segundo y principal propósito a que me dirijo. Digo mi principal propósito, por ser éste el de pagar una deuda; la que tengo contraída en anteriores escritos de ir poniendo reparos a varios de los grandes errores que prevalecen contra la Sociedad Teosófica por esos mundos de la pasión, de los prejuicios y de la superficialidad.

Hablar de la Sociedad Teosófica y de los teosofistas ofrece ancho campo a la fantasía y a la malquerencia, cosa no muy conforme con el verdadero espíritu del Cristianismo ni con el carácter que debe distinguir a pueblos adelantados como es éste en que vivimos.

Desde los que nos miran con terror supersticioso hasta los que consideran que nosotros, por virtud de formar parte de la Sociedad Teosófica debiéramos ser santos, se puede recorrer variada y original escala de entretenidos y curiosísimos prejuicios; ¿me será posible desvanecerlos? He de intentarlo al menos.

Comenzando por mí, puedo y debo afirmar, no sin pena, que, aun cuando constantemente lucho con defectos que me reconozco, y que tal vez en no pequeña parte disminuyo por virtud de la poderosa influencia de las enseñanzas teosóficas, todavía me considero muy lejos de haber alcanzado aquella perfección anhelada por el Cristo para todas sus criaturas, expresada así: «Sed perfectos en la Tierra como es perfecto en el Cielo el Padre Celestial». La lentitud de mi adelanto, si me aflige, no me acobarda ni desconcierta al estar persuadido, como lo estoy, de que la equitativa ley en que se desenvuelve toda existencia ofrece al desarrollo y perfección de mi alma tantas vidas cuantas sean necesarias. Esta fe alentó al Cristianismo, y es actualmente sostenida por la inmensa mayoría de los seres humanos, según es fácil demostrar.

Pues lo que digo de mí ¿por qué no ha de ser aplicable a los teosofistas en general que, repartidos por el mundo, aspiran a su mejoramiento y estudian y trabajan con empeño inquebrantable por mantener y acrecentar la libertad y el adelanto humano, y por la Fraternidad Universal? Seguramente que entre estos luchadores incansables hay no pocos que han logrado escalar envidiables alturas en el terreno de la sabiduría y la virtud, y algunos capaces de descorrer en gran parte el velo que oculta caritativamente el venero de donde se originan las maravillosas energías de la manifestación, tan fuga-

ces como bellas. Los hay que han realizado el prodigio de encontrar a Dios en su corazón: pero hay muchos también que, menos afortunados, ni sacan provecho de estas enseñanzas que se escapan a su débil comprensión, ni han ejercitado la voluntad para por medio de ella refrenar sus malas inclinaciones y perniciosas consecuencias.

Pero, ¿ocurre otra cosa en las asociaciones de todo género? ¿Acaso, los teosofistas, hemos descendido de mundo más adelantado que la tierra para venir a constituir nuestra Sociedad? Convengamos en que si algo esencial nos diferencia de los demás, ese algo se reduce a que hemos tenido el valor de pretender fundamentar nuestra fe en el conocimiento; en que no prestamos valor, ni concedemos autoridad a la impositiva voz de los que pretenden detener la rueda del adelanto, tan constante y firme en su girar eterno que la Voluntad Suprema impulsa, como es irreversible en los días de la manifestación universal el girar de soles y mundos sobre sus órbitas respectivas; y mediante esta, nuestra independencia de criterio, indiferentes a burlas y reproches caprichosos, adquirimos conocimientos que ennoblecen el alma y el entendimiento; que justifican la vida; conocimientos sublimes sobre toda ponderación, que son menospreciados por nuestros opositores, por sistema y sin conocimiento de causa.

Cuando mejor se nos considera se nos llama locos. A propósito de ello copio el final del tomo 1º de «La Doctrina Secreta» en que nos dice su autora, H. P. Blavatsky:

«Los creyentes y defensores de la Doctrina Secreta, tendrán que soportar la acusación de locos, y aun peor, tan filosóficamente como lo ha hecho ya la escritora por largos años. Cuando quiera que un teosofista sea tachado

de loco, debe contestar citando las «Lettres Persannes» de Montesquieu:

Los hombres, al franquear tan libremente sus manicomios a los supuestos locos, sólo tratan de darse mutuamente la seguridad de que ellos mismos no lo están».

TOMÁS POVEDANO

*
* *

MÁS SOBRE LOS REPAROS PROMETIDOS

SI las ofensas que se nos dirigen fueran de tendencia personal, por lo que a mí respecta, respondería con el silencio; pero, cuando ellas tienen en mira injuriar a los honorables jefes del movimiento teosófico, a mis compañeros de la Sociedad Teosófica, o se persiste en hacer creer a las gentes, que no tienen oportunidad de estudiar nuestras enseñanzas, en ideas por completo erróneas y de tendencias malignas, con la mira de hacérselas odiosas, entonces yo me consideraría cómplice de tan calumniosas versiones si no procurase ponerles correctivo: de aquí los reparos que pretendí efectuar por la prensa periódica y que remito a esta Revista.

Una de las malignas versiones que se explota por la ignorancia y por los no ignorantes—que es lo más lamentable—contra la Teosofía, es aquella que predica que el alma humana al desprenderse del cuerpo trasmigra y se posesiona de cualesquier animal con el cual, por sus defectos y tendencias personales tuviese afinidad.

Encuentro la más clara y bien definida respuesta a semejante error en el libro «Bosquejo Teosófico» de Leadbeater, págs. 42 y 43, y a ella me remito. Dice así:

«He aquí, pues, en qué consiste la doctrina de la reencarnación y de los renacimientos; doctrina casi generalmente admitida por los pueblos civilizados de la antigüedad y que aun profesa la mayor parte de la especie humana».

«Lo que es indestructible—dice Hume—debe ser igualmente imprecable. Si el alma es inmortal, debe preexistir al nacimiento del cuerpo, y por lo tanto, la meteméncosis es el único sistema espiritualista admisible por la filosofía». (1)

Max Muller dice, a propósito de las teorías reencarnacionistas de la India y Grecia:

«Se basan en una idea que, de estar expresada en términos menos mito-

(1) Hume: *Essay on Immortality*. Londres, 1875.

lógicos, podría considerarse como la mejor prueba de superior cultura filosófica», (1)

«Como la doctrina evolucionista, tiene la de la trasmigración su raíz en el mundo de los hechos y se funda en todo cuanto la analogía puede proporcionar de más demostrativo en punto a argumentos». (2)

Vemos que tanto los escritores modernos como los antiguos consideran digna de serio examen la hipótesis reencarnacionista. Pero ni por un momento hemos de confundirla con aquella otra teoría, *hija de profunda ignorancia*, según la cual el alma, llegada por evolución a la etapa humana, podía regresar y convertirse en alma de bestia. De ningún modo. *Tal regresión es absolutamente imposible*. Desde el punto en que un hombre existe (es decir, un alma humana con el cuerpo causal por envoltura), es imposible que retroceda al reino animal por más errores que cometa, por muchá que sea su terquedad en desperdiciar las ocasiones que de progreso se le ofrezcan. Si tal hombre es perezoso y desaplicado en la escuela de la vida de que antes hablábamos, habrá de repetir la misma lección hasta que pronto o tarde llegue a saberla, por lentos que sean sus adelantos.

Si el asunto en cuestión ofrecer pudiera duda para alguien, es fácil recurrir a otros testimonios y a ellos se recurrirá.

TOMÁS PAVEDANO

NOTA.--Para darse clara idea de lo que significa «el cuerpo causal», se necesitan explicaciones extensas de que trataremos en otro número de VIRYA.

(1) Max Muller: Teosofía o Religión psicológica, 22. Edición de 1895.

(2) Huxley: Evolution and Ethics. 61. Edición de 1895.

¿POR QUE DIFIERE LA TRINIDAD ARCAICA DE LA TRINIDAD CRISTIANA?

«Júpiter es Esposa y Esposo divino».—ORFEO.

EN todas las antiguas Teogonías se concibe a Dios como trino en sus aspectos, a saber, como Padre, Madre e Hijo.

Podrá objetárseme que tal concepto de la Trinidad no está de acuerdo con el concepto de la Trinidad cristiana de Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Lo sé; pero, en cambio, está de acuerdo con todas las grandes Religiones extintas, con todas las Teogonías de los filósofos antiguos.

Y la razón de ello es obvia, pues los sabios antiguos consideraban la Trinidad en su relación hacia el Hombre, mientras que las Iglesias cristianas consideran al Hombre en su relación hacia la Trinidad.



¿Por qué han invertido las Iglesias cristianas el orden en la Trinidad, colocando al Espíritu Santo en el lugar que le corresponde al Hijo?

Lo explicaré, principiando por pedir al lector tenga presente que el Absoluto, por carácter de toda relatividad, *in emana* al Hijo Unigénito y que este Primer Nacido, antes de la Manifestación, es dual como Padre-Madre, como eterno Masculino y como eterno Femenino, de manera que la Trinidad Inmanifestada

se nos presenta como Hijo Padre-Madre. Y después de la Manifestación, la Trinidad se invierte, pues como producto del eterno Masculino y del eterno Femenino resulta el Universo fenomenal, o sea, el Hijo, de manera que la Trinidad se nos presenta como: Padre-Madre Hijo. En el primer caso tenemos a Dios como *Natura naturans*, en decir del filósofo Spinoza, y en el segundo L.R. tenemos como *Natura naturata*.

Muy sugestiva es la explicación que a este respecto da el Guru a su Chela: «EL es Uno pero es Dos, y EL es Dos pero es Tres. El Uno contiene Dos principios, y la unión de los Dos principios produce el Tercero. ¡EL es Uno y EL es Todo! Y este Uno es Esposa y es Esposo, y el Amor del Esposo por la Esposa y de la Esposa por el Esposo produce el Tercero que es Hijo».

Ahora bien; las Iglesias cristianas han invertido el orden de los citados aspectos de la Trinidad, primeramente porque hasta el siglo IV han querido ocultar la realidad del Misterio al vulgo, y luego porque ellas mismas lo han olvidado de tal manera que han perdido la clave de este augusto Arcano en el sentido que acabo de indicar.

*
* *

¿Luego la Trinidad de Padre-Hijo Espíritu Santo, tal como la profesan las Iglesias cristianas, carece de razón de ser?

No: la Trinidad cristiana, como lo insinué anteriormente, procede del Hombre hacia Dios, *de abajo hacia arriba*, y no está de acuerdo con la Trinidad arcaica, porque ésta procede de Dios hacia el Hombre, *de arriba hacia abajo*.

Tiene, pues, su razón de ser la Trinidad cristiana, porque se funda en la misma naturaleza del Hombre desde el punto de vista que voy a presentar.

Si tenemos presente que todas las Religiones son obra de nuestros Hermanos Mayores, de los Adeptos de la Fraternidad Blanca, hemos de saber que estos divinos Instructores de la Humanidad, con el fin de elevar al hombre-niño hasta el grado que pueda unificarse conscientemente con su triada en el Hijo, nos han dado siempre y nos dan lo que podemos recibir, y con este objeto, para afianzar nuestra evolución sobre verdades comprensibles, ciertamente que no podían revelarnos el Misterio de

la Trinidad en su augusta desnudez, pues dada la actual etapa de nuestra evolución somos semejantes a unos recién nacidos que necesitan de una madre que los críe y eduque. De ahí que, por medio de nuestros legisladores morales, Ellos nos han dicho:

«Nuestra Madre común es el Espíritu Santo, y por medio del *par de opuestos* que Ella os ofrece en su divino Amor habéis de alcanzar la Sabiduría en el Hijo».

Y en efecto, dado el estado de atraso moral e intelectual en que nos hallamos, nuestra mente no puede unificarse con el segundo Aspecto de la Trinidad, con Madre, por medio del Hijo cual lo hacen los Adeptos. Por esto es que se nos imponen las *fluctuaciones* que nos presenta el Amor del Espíritu Santo, para que por el egoísmo pasemos al altruísmo y vayamos así extendiendo nuestro amor no sólo a la familia, a la Patria, a la Raza, sino a la Humanidad entera, pues al realizar esto en nosotros hemos de realizar el Reino de Dios sobre la Tierra, y en el Hijo hemos de armonizarnos con la divina Trinidad a cuya imagen y semejanza hemos sido formados.

¡He ahí, pues, la razón de ser de la Trinidad cristiana!

Porque, para que el hombre sea Hombre, es necesario que la Madre lo críe y eduque: para que pueda el hombre alcanzar el grado del principio *búdhuco*, para que pueda espiritualizarse como intuitivo, ha de pasar por los cuidados maternos, bajo las irradiaciones del Amor que proyecta el Eterno Femenino, o sea, el Espíritu Santo. Cuando el hombre deje de ser niño, entonces, y no antes, el Hombre estará en condiciones de desarrollar su tríada superior en el Hijo, *búdhicamente*.

*
* *

Se enseña que el hombre está hecho a la imagen y semejanza de Dios, y es verdad.

Pero las Iglesias cristianas han hecho la Trinidad a la imagen y semejanza del hombre, involutivamente considerado; porque, en verdad, el hombre es trino como lo es su divino Hacedor: es Espíritu, es Alma y es Cuerpo, o sease, es *Padre* como Espíritu, es *Madre* como Alma, y es *Hijo* como producto de la acción de ambos; y trino es él, no sólo desde este punto de vista, sino que

lo es también moralmente considerado: porque el hombre actúa tal como él mismo lo desea, le vemos que es autoconsciencia. *Padre*, que es autodeseo *Madre*, y que es autoacción. *Hijo*.

Y en las Iglesias cristianas se ha perdido la clave del Misterio de la Trinidad divina, porque se ha perdido la del misterio de la trinidad humana. Nuestros cristianos no saben nada de esto, y el Hermafrodita divino es una fábula para ellos. Todas las Teogonías antiguas, incluso el primer capítulo de la Biblia, nos recuerdan lo que hemos sido antes de la división de los sexos, antes de la alegórica Caída del Edén, para que tengamos presente que por la espiritualización de nuestros poderes volveremos a ser lo que hemos sido. Trino es el Hombre, porque es una imagen y semejanza de la Trinidad divina, y tal como Ésta se manifiesta a Sí Misma en el Hijo, que es el Mundo fenomenal, así cada uno de nosotros llegará evolutivamente a manifestarse a sí mismo en hijo, en virtud de los internos poderes que le son inherentes a cada Hombre como Padre. Madre que es.

Desde la Epoca lémur, en la actual etapa de nuestra evolución, esos poderes generativos están divididos en nosotros, de manera que el hombre no es unidad completa: el principio masculino no puede generarse a sí mismo, porque la unidad humana carece del principio femenino: solamente, unidos estos dos principios, se complementan dándonos al Hermafrodita formado de dos unidades, y unificados por el Amor, el hombre representa al Espíritu formador, la mujer a la Materia plástica, y con la fusión de estos dos factores podemos reproducir al Hijo.

Y así hemos de ir generándonos hasta que hallemos la *Palabra Perdida*, que hemos poseído como Hermafroditas divinos.

Cada hombre es una imagen y semejanza del Dios Triuno; pero, en nuestro estado de evolución actual, esta imagen y semejanza triádica, sólo la forman el Hombre y la Mujer unidos. El Hombre solo o la Mujer sola son incompletos como unidad divina, por cuanto él encarna al Espíritu y ella a la Materia. De ahí la fatal ceguera de Adán ante la intensa atracción de Eva. La Mujer, en la especie hominal, es Maya e Isis, porque es la representación más compleja e íntima de la Naturaleza. Y la Naturaleza es madre de nuestras almas y de nuestros cuerpos.

¡Honor, pues, a la Mujer, en el Cielo y en la Tierra! decía

Pitágoras con los Iniciados antiguos: ella nos hace comprender a esta augusta Mujer, a la Naturaleza. ¡Sea su imagen santificada, y que nos ayude a remontar por grados hasta la Gran Alma del Mundo que conserva y renueva, hasta la divina Cibele que lleva a la colectividad de las almas en su manto de luz!

FRANCISCO BERTY

*
* *
*